

Relato N°6

Bajo el brillo del quirófano

Desde que caminé por primera vez los pasillos de la Facultad de Medicina de La Plata para inscribirme en la carrera, no imaginaba lo que me esperaba. Sin saberlo, destapé una piletta y encontré un cadáver en formol. El susto y la adrenalina me hicieron cerrarla violentamente. Al transcurrir mis clases de anatomía, no podía dejar de reírme ante esa picardía infantil, pero supe que mi vida cambiaría para siempre. Cada clase formaba parte de una historia que comenzaba a escribirse. Ser estudiante de medicina no era sólo aprender anatomía o fisiología: era conocer y convivir con el sufrimiento ajeno, aprender a escuchar silencios y descubrir en cada mirada la necesidad de una esperanza que podía terminar con la felicidad o el dolor extremo.

Las primeras guardias fueron una mezcla de miedo, adrenalina y fascinación. Recuerdo los pasillos del hospital como un laberinto de luces y sonidos, con el aroma a desinfectante —ese “olor a hospital”, como decían mis amigos estudiantes de abogacía, a quienes espantaba— impregnado en la ropa y la piel. En aquellas noches, donde el reloj parecía no avanzar, aprendí más que en cualquier aula. Observé partos que me estremecieron el alma, donde la vida irrumpía en medio del cansancio, trayendo consigo un llanto que lo justificaba todo. También fui testigo del dolor y la impotencia, de la pérdida, y comprendí la fragilidad humana que nos iguala a todos.

Las primeras cirugías como practicante marcaron un antes y un después. Aquella primera vez frente a un bisturí, con las manos temblorosas pero el corazón firme, comprendí el valor de la confianza depositada en mí. Los cirujanos mayores eran faros de experiencia, y cada mirada suya era una lección silenciosa. Antes de recibirme, ya sentía que el quirófano sería mi hogar.

Luego llegó el título y cuatro años intensos de especialización en neurocirugía, donde cada día era un desafío y cada guardia, una montaña que escalar. Las madrugadas en vela, los pacientes que esperaban una oportunidad, los errores que dolían y los aciertos que reconfortaban: todo formaba parte del crecimiento. En ese tiempo descubrí que la neurocirugía no era solo técnica y precisión, sino también paciencia, humildad y respeto por el misterio del cerebro humano.

Mi formación continuó con viajes semanales a Buenos Aires, al Hospital Gutiérrez, donde la neurocirugía infantil me enseñó a ver la esperanza en los ojos más pequeños. Allí, cada intervención era una batalla por preservar futuros, por dar segundas oportunidades a quienes apenas comenzaban a vivir. Paralelamente, me sumergí en el aprendizaje de la neurofisiología —electroencefalografía, electromiografía y potenciales evocados—, descubriendo en las corrientes eléctricas del cerebro y los nervios un lenguaje fascinante que me hablaba de la vida misma.

La llegada de la computación me abrió otra vida, una aliada inseparable de la medicina. Investigué, aprendí, soñé con posibilidades nuevas. Tal vez me faltó un poco de audacia para ser pionero en lo que más tarde la tecnología pondría al alcance de todos.

Las primeras cirugías en soledad fueron momentos de introspección profunda. En las guardias del Hospital Alejandro Korn, con la tensión de lo imprevisto y la responsabilidad absoluta, supe que cada decisión podía cambiar un destino. Luego vino la dedicación plena en Santa Rosa, La Pampa; en el Hospital Lucio Molas y la Clínica Modelo, donde consolidé mi camino profesional. Fueron años de entrega total, de interminables guardias pasivas en la más absoluta soledad, hasta que nuevos colegas se sumaron al servicio, trayendo consigo alivio y camaradería.

Fueron muchas las noches de desvelo, las urgencias infantiles que dejaban marcas imborrables, los dramas que me recordaban que, detrás de cada diagnóstico, hay una historia, una familia, una vida suspendida en un hilo. A pesar del dolor, nunca perdí la fe en la medicina, ni la emoción de poder ayudar.

El Hospital Lucio Molas fue el lugar donde la vocación encontró su forma más humana. A sus autoridades quienes me guiaron con sabiduría y compromiso, les debo mi gratitud sincera. Ellos supieron sostener un ambiente donde el conocimiento y la generosidad se daban la mano, donde el ejemplo y la palabra formaban tanto como un libro o una cirugía.

Elegí permanecer hasta el último día de mi actividad estuve convencido de que allí se respiraba el verdadero espíritu médico: el compromiso, la entrega y el respeto por el paciente. El Lucio Molas fue, y seguirá siendo, una parte entrañable de mi historia.

Hoy, ya jubilado de la práctica activa, dedico mis días al Consejo Superior Médico y me encuentro buscando las armas para lograr una mejor medicina. Desde ese lugar, sigo sintiendo el compromiso intacto: velar por la ética, la formación y la dignidad de la profesión que me dio todo.

Miro hacia atrás y veo un camino lleno de esfuerzo, soledad y pasión. Un camino que me convirtió en lo que soy. Porque ser médico —y más aún, neurocirujano— no fue solo una elección profesional: fue una forma de vivir, de entender el dolor humano y de honrar cada segundo bajo el brillo del quirófano.